

טיב הקהילה

Edición en español

בספרדית

טיב המעשיות

Tiv Hamaasiot

טיב המערכות

Tiv Hamaaréjet

Tzilá dimhemnutá (la sombra de la fe)

Un hombre rico tuvo el mérito de criar una familia ejemplar. Casó a todos sus hijos, quienes se fueron a vivir lejos de él. Durante todo el año, el hombre rico sentía nostalgia por ver a sus hijos, y una vez al año, estos venían y se reunían en casa de su padre, quedándose toda una semana con él, quien tanto había esperado esta visita anual.

Una vez, el padre observó que uno de sus hijos, apenas llegó y se organizó, comenzó de inmediato a hacer llamadas telefónicas a sus amigos para averiguar quién estaba por la zona y a quién se podía visitar. El padre lo vio y guardó silencio, pero para su gran sorpresa, este comportamiento continuó durante toda la semana. El hijo estaba ocupado con visitas y salidas con sus amigos, y casi no pasaba tiempo con su padre ni con la familia. Finalmente, el padre se dirigió a su hijo y le dijo: "Hijo mío, ¿de verdad? ¿Tanto te desagrada estar en mi compañía? Todo un año espero con ansias esta visita anual de mis hijos, y ahora que por fin llegó esta semana y ustedes vinieron, ¿tú todo el tiempo te escapabas, en lugar de estar aquí conmigo?".

La sucá se llama "tzilá dimhemnutá" —"la sombra de la fe"—. En nombre del Báal Shem Tov, se explica que en la sucá hay una luz especial que rodea a la persona que se sienta en ella, como un niño sentado en el regazo de su madre, y se siente feliz y tranquilo. Así también nos sentimos nosotros, "como un niño destetado en brazos de su madre, como un niño destetado está mi alma" (Tehilim 131:2). Cuando nos sentamos en la sucá estamos envueltos y cubiertos, como con una manta, con el Mismísimo Hashem, y eso es lo que aspiramos a sentir, exactamente como un niño pequeño en brazos de su madre.

Como es sabido, mientras mayor sea la santidad involucrada en una cosa mayor será la oposición que le pondrá el Yétzer Hará (la Inclinación al Mal). Así también en la Festividad de Sucot: él trabaja arduamente para ocuparnos con todo tipo de mitzvot, ir aquí y allá, visitar a familiares y amigos, y principalmente evitar que nos sentemos en la sucá tanto como sea posible. Pero nosotros no seremos negligentes y recordaremos que no sólo nosotros hemos esperado un año entero por esta semana: también nuestro Padre, Hashem, ha esperado todo un año por esta semana en la que, por así decirlo, Él nos hospeda en Su sombra. Por eso la sucá se llama "la sombra de la fe", porque al sentarnos en ella proclamamos nuestra fe en Él, bendito sea, que nos cubre y protege, y bajo Su sombra estamos tranquilos y felices.

(Tiv Hamoadim – Sucot)

Recibir a los Ushpizín superiores con hospitalidad en la sucá

Cuando el nombre del Rebe Hakadosh, Rabí Pinjás de Kóritz, zal, se hizo conocido y comenzó a ganar renombre, comenzaron a acudir a su corte numerosos jasidim de toda la región.

Con el tiempo, se multiplicaron mucho las multitudes que venían a su puerta y ocupaban muchas horas de su tiempo, hasta que se vio obligado a interrumpir su estudio para atender las necesidades del público. El Rebe Hakadosh, que siempre estaba completamente inmerso en la Torá y en el servicio Divino, con una dedicación y constancia maravillosas, se entristeció por estas muchas interrupciones que constantemente lo sacaban de su conexión profunda con la Torá y la devoción.

Por ello decidió en su corazón orar a Hakadosh Baruj Hu para que disminuyera un poco su gracia ante los demás, y que ya no lo consideraran tanto, y como consecuencia, ya no acudirían constantemente a Kóritz.

La oración del tzadik ciertamente hizo efecto y su pedido fue aceptado. Las visitas a Kóritz disminuyeron, y él quedó rodeado sólo de un reducido grupo de jasidim fieles, discípulos cercanos que ya se habían refugiado bajo su sombra desde antes, y que permanecieron apegados a él con fe completa. Pero la gran afluencia de multitudes desde todos los rincones del mundo disminuyó.

Sin embargo, con el tiempo pensó de nuevo: que incluso esos pocos jasidim que quedaban con él ya estaban consolidados en su nivel espiritual y no necesitaban tanto de su guía. Y que era preferible para él dedicar todo su tiempo al servicio Divino, sin que las funciones rabínicas interfirieran en absoluto con su estudio de Torá. Por ello, oró nuevamente, pidiendo que incluso esos pocos hombres de confianza lo dejaran, para poder recluirse por completo en su estudio y oración con temor y amor, sin interrupciones. Y como es de suponer, también esta petición fue aceptada, y se quedó sin jasidim.

Y así llegó la santa Festividad de Sucot. La construcción de la sucá, que todos los años realizaban sus asistentes fieles con manos expertas, tuvo que ser hecha este año, por falta de otra opción, por un trabajador no judío contratado especialmente, ya que todos sus allegados y servidores lo habían dejado, como él mismo había pedido en su oración.

Pero en la primera noche de la festividad, cuando el tzadik salió a buscar un huésped, un ushpizín, para su sucá sagrada, no encontró a nadie. Ya que todos los pobres de la ciudad, que solían estar en su casa y en su sucá en años anteriores, lo habían abandonado, tal como él mismo había pedido en su plegaria.

Se vio, entonces, obligado el santo Rebe a entrar a la sucá sin huésped. Como era su costumbre sagrada, comenzó con fervor y devoción: “Entren, Ushpizín Superiores y Sagrados, que venga Abraham [Avinu]...”.

Y he aquí que ve con su visión espiritual que llegaba Abraham Avinu, como cada año en la primera noche de Sucot. Pero este año, Abraham se quedó parado en la entrada de la sucá, y no quiso entrar. Por más que el tzadik le rogó e insistió una y otra vez: “Que entre Abraham...”, no sirvió de nada. Abraham Avinu miró hacia dentro de la sucá, de un lado a otro, y permaneció parado afuera, en la entrada solamente.

Cuando el tzadik le preguntó por qué no entraba, Abraham Avinu le respondió: “No puedo entrar en una sucá donde no hay huéspedes. Toda mi vida cuidé esta mitzvá con esmero, y siempre tuve huéspedes comiendo en mi mesa. En una sucá sin huéspedes, no puedo entrar”.

Al oír esto, el Rebe Pinjás respondió: “Cuando oré al Santo Bendito Sea para que el pueblo de Israel me dejara, tomé en cuenta todo. Pensé en todas las consecuencias y ramificaciones. Incluso cuando no me servirían ni me ayudarían en nada, y tendría que ocuparme de todo solo, estuve dispuesto a renunciar a todo eso, con tal de entregarme únicamente a la santa Torá. Pero esto no lo consideré, ¿que el mismo Abraham Avinu no podría entrar a mi sucá por falta de huéspedes? ¡Esto no lo pensé!

Y esto indica que mi camino no es el correcto”.

Por ello, se paró de nuevo en oración ante su Creador, y derramó su corazón para que le devolviera a sus amados y fieles seguidores. Y pronto se llenó nuevamente su casa de estudio con jasidim rectos, leales y amorosos. Muchos huéspedes volvieron a visitar su hogar. Y por supuesto, Abraham Avinu volvió a entrar en su sucá, irradiando con su atributo de bondad y generosidad a todo el Pueblo de Israel.

Y estas palabras están explícitas en el Zóhar Hakadosh, Parashat Emor (vol. 3, 104a), y fueron traídas a la Halajá en el libro Yesod Veshóresh Haavodá (Sheat Haetón, cap. 13):

«Y se debe alegrar a los pobres, ¿por qué? Porque la porción de estos Ushpizín Superiores que ha invitado, es la porción de los pobres.

«Y aquel que se sienta en esta sombra de la fe (la sucá), e invita a estos Ushpizín Superiores, los Ushpizín de la fe, y no les da su porción – todos se apartan de él y dicen: “No comas el pan del tacaño...” (Mishlé 23:6).

«Resulta que esa mesa que preparó es solo suya, y no de Hakadosh Baruj Hu. Sobre él está escrito: “Y esparciré excremento sobre vuestros rostros... el excremento de vuestras festividades” (Malají 2:3) y no “Mis festividades”.

«¡Ay de aquel hombre en el momento en que estos Ushpizín de la fe se apartan de su mesa!

«Y dijo Rabí Abá: “Abraham [Avinu], todos sus días se dedicaba a la hospitalidad, a invitar huéspedes y prepararles la mesa. Ahora que lo invitan a él y a todos los Tzadikim, y al rey David, y no se les da su porción, Abraham [Avinu] se aparta de la mesa y proclama: ‘Apártense, por favor, de las tiendas de estos hombres malvados’ (Shemot 16:26). Y todos se apartan junto con él”.

La virtud del etrog para inspirar sumisión y humildad de corazón

Uno de los magnates acaudalados fue a visitar en cierta ocasión al Rabí Hakadosh Yejezkel Shraga de Shinova, zal, durante la Festividad de Sucot, y le mostró con gran orgullo y arrogancia

el hermoso y selecto etrog que había adquirido por un precio muy elevado.

Era un etrog espléndido, el más bello entre los bellos. También su forma de crecimiento era perfecta, como una torre elegantemente construida, coronada por una protuberancia (pitam) erguida y majestuosa. Además, no le faltaba el adorno del gartl (la franja que rodea al etrog), perfectamente formado. Pero, sobre todo, destacaba por su asombrosa limpieza: desde el inicio hasta el fin no se hallaba en él la menor mancha. Era todo pureza y brillo. Parecía «iel etrog perfecto!».

¡Y cuán grande fue su asombro cuando el Rav le dictaminó con rotundidad: «Tu etrog es inválido!».

«¿Cómo puede ser!? –exclamó el rico–, ¡sí pagué por él una fortuna!».

El Rav tomó en sus santas manos aquel hermoso etrog, lo observó cuidadosamente, y tras una inspección minuciosa notó que la unión del pitam con el etrog no era natural... parecía más bien «encajado» en su lugar. Una revisión rigurosa reveló que, en efecto, el pitam se había desprendido en algún momento, y luego fue vuelto a insertar desde el interior con ayuda de diminutos alfileres. La unión fue hábilmente disimulada, tanto que a simple vista parecía perfectamente unida.

Posteriormente, le preguntaron al Rav cómo supo con tanta certeza que el etrog era inválido, si se veía como el más perfecto de los frutos del árbol hermoso.

Respondió el tzadik y explicó: «No fue por profecía ni por espíritu de santidad. Es que, por naturaleza, una mitzvá debe generar humildad y modestia en el corazón del hombre, porque el judío se conecta con su Creador al cumplir Su mandamiento, y así como Él, bendito sea, es poderoso y humilde, así también esa humildad penetra en quien se apega a Él. Y especialmente en la mitzvá del etrog, que se asemeja al corazón, cuya virtud es purificar y refinar el corazón. Al ver que esta mitzvá en aquel rico despertaba en él arrogancia y altivez, deduje que el etrog estaba inválido desde su raíz, y que no había en ello cumplimiento de la mitzvá, por lo que no había ingresado en él la humildad como corresponde a quien cumple un mandamiento Divino».